

Sinopsis: Fragmentos para Quienes Siguieron Vivos

Hay personas que siguieron viviendo mucho después de haberse alejado de sí mismas. Continuaron trabajando, respondiendo mensajes, cuidando a otros y diciendo que estaban bien, mientras por dentro aprendían a desaparecer sin marcharse.

En *Fragmentos para quienes siguieron vivos*, Noel H. Hodgson recorre esas formas silenciosas de supervivencia: el cansancio de existir, la soledad que se vuelve costumbre, el miedo a recibir algo bueno, la necesidad de hacerse pequeño para ser querido y el impulso de abandonar un vínculo antes de que la otra persona pueda hacerlo.

A través de una prosa íntima, humana y profundamente honesta, estos fragmentos no intentan convertir el dolor en una lección ni presentar una vida perfectamente reconstruida. Hablan de heridas que todavía pesan, de amistades que acompañaron sin pretender salvar, de la escritura como una manera de quedarse y de los pequeños regresos que ocurren cuando una persona deja de tratarse como su propio enemigo.

Este no es un libro sobre haber superado todo. Es un libro sobre seguir aquí sin negar lo vivido; sobre aprender a ocupar la propia vida sin pedir perdón y reconocer que, incluso después de tanto silencio, todavía puede quedar una parte de nosotros dispuesta a volver. No completamente. No sin miedo. Pero lo suficiente para decir: **yo también estuve ahí y todavía estoy aquí.**

Me fui antes de que se fueran

A veces me he ido antes de que alguien me pidiera que me quedara.

No siempre con una despedida.

No siempre con una puerta cerrada.

A veces me fui respondiendo menos. Dejando que una conversación se enfriara.

Convenciéndome de que no importaba tanto. Haciendo de la distancia una decisión que parecía tranquila, cuando en realidad algo dentro de mí ya estaba preparándose para la pérdida.

Durante mucho tiempo pensé que eso era indiferencia.

Que simplemente había cosas que dejaban de importarme.

Personas.

Vínculos.

Posibilidades.

Pensé que yo era así.

Que había una parte de mí demasiado cansada para insistir, demasiado orgullosa para pedir, demasiado acostumbrada a estar solo como para luchar por algo que quizá ni siquiera iba a quedarse.

Pero ahora no estoy tan seguro.

A veces creo que llamé indiferencia a una forma antigua de miedo.

Porque no siempre me fui cuando dejé de sentir.

A veces me fui cuando empecé a sentir demasiado.

Cuando alguien se acercaba de una forma que podía importarme. Cuando una conversación empezaba a tener peso. Cuando una presencia comenzaba a ocupar un lugar que ya no podía fingir que era casual.

Ahí algo en mí retrocedía.

No de golpe.

No con violencia.

Solo un poco.

Lo suficiente para que el otro no notara al principio.

Lo suficiente para que yo pudiera decirme que no estaba huyendo.

Solo estaba ocupado.

Solo estaba cansado.

Solo estaba dejando que las cosas fueran lo que tenían que ser.

Esa frase también la he usado mucho.

Como si la vida siempre supiera hacia dónde ir cuando yo no quería aceptar que estaba soltando el volante.

Dejar que las cosas sean lo que tengan que ser puede sonar sabio.

A veces lo es.

Pero otras veces es una forma elegante de rendirse sin admitir que uno tuvo miedo de intentar.

Yo he hecho eso.

Me he quedado quieto mientras algo se alejaba.

He mirado cómo una conversación perdía calor y he fingido que no me dolía. He dejado mensajes sin responder con la excusa de que después lo haría, aunque por dentro supiera que después era una habitación donde muchas cosas mías iban a morir lentamente.

He permitido que personas se volvieran lejanas no porque no me importaran, sino porque me daba miedo mostrar cuánto podían llegar a importarme.

Eso cuesta decirlo.

Porque hay una vergüenza distinta en reconocer que uno también abandona.

No de la misma forma.

No siempre con crueldad.

No siempre queriendo hacer daño.

Pero abandona.

A veces abandona primero para no volver a quedarse mirando cómo alguien más decide irse.

A veces abandona en silencio, con buenos modales, con respuestas cortas, con una calma que parece madurez y por dentro solo es defensa.

Yo conozco esa calma.

La he usado.

La he confundido con dignidad.

Me decía: no voy a rogar.

No voy a insistir.

No voy a perseguir a nadie.

No voy a ponerme en un lugar donde puedan verme necesitando demasiado.

Y había algo cierto ahí.

Uno no debe perderse intentando convencer a alguien de quedarse.

Uno no debe mendigar presencia.

Uno no debe llamar amor a lo que solo responde cuando uno se rompe suficiente para llamar la atención.

Pero también hay otra verdad.

A veces confundí no rogar con no intentarlo.

Confundí dignidad con ausencia.

Confundí protegerme con irme antes de saber si realmente tenía que irme.

Y así también se pierden cosas.

No todas las pérdidas llegan porque alguien nos abandona.

Algunas llegan porque nosotros empezamos a actuar como si el abandono ya estuviera decidido.

Como si solo estuviéramos adelantando el final.

Como si fuera menos doloroso cerrar una puerta desde adentro que esperar a que alguien la cerrara desde afuera.

No sé si duele menos.

Creo que no.

Solo duele de otra manera.

Duele con una especie de control falso.

Con la tranquilidad amarga de quien dice: yo lo decidí.

Aunque en el fondo no haya decidido tanto.

Aunque en el fondo solo haya obedecido a una herida vieja.

Una herida que aprendió a leer señales antes de tiempo.

Un cambio de tono.

Una respuesta más breve.

Un día ocupado.

Una pausa.

Una palabra que no llegó con el mismo calor.

Y entonces, antes de preguntar, antes de esperar, antes de permitir que el vínculo tuviera una explicación humana, algo dentro de mí empezaba a empacar.

No cosas reales.

Solo presencia.

Ilusión.

Disponibilidad.

Esperanza.

Yo me iba por partes.

Primero dejaba de contar.

Después dejaba de preguntar.

Después dejaba de imaginar.

Después decía que estaba bien.

Y cuando por fin la distancia era visible, ya llevaba tiempo viviendo allí.

Eso también es triste.

Porque uno puede pasar años deseando que alguien se quede y, cuando alguien parece querer acercarse, no saber cómo permanecer sin sentir peligro.

Puede querer compañía y al mismo tiempo desconfiar del lugar que esa compañía empieza a ocupar.

Puede desear ser elegido y, cuando alguien elige acercarse, actuar como si no hubiera visto el gesto.

No porque no le importe.

Sino porque creer en eso sería volver a quedar expuesto.

Y hay exposiciones que el cuerpo recuerda aunque la mente quiera ser valiente.

Yo no quiero justificar todas mis ausencias.

No quiero hacer de mi miedo una explicación perfecta.

Sé que también he podido doler.

Sé que alguien pudo sentir mi distancia como rechazo, como frialdad, como falta de interés.

Sé que tal vez hubo personas que no entendieron que yo no me estaba yendo de ellas solamente.

Me estaba yendo de la posibilidad de volver a ser abandonado.

Pero el daño no siempre pregunta de dónde venimos antes de tocar a otros.

Eso también he tenido que aprenderlo.

Que una herida explica.

Pero no siempre absuelve.

Que una defensa pudo salvarme antes, pero ahora también puede dejarme solo de una forma que ya no quiero seguir llamando destino.

Porque quizás no nací para irme primero.

Quizá solo aprendí.

Y si aprendí, tal vez puedo aprender otra cosa.

No de inmediato.

No como quien un día decide confiar y ya.

Eso sería mentira.

Todavía hay momentos en que siento esa retirada dentro de mí. Esa voz que dice: no escribas. No preguntes. No muestres interés. No te emociones. No dejes que nadie note que algo te importa.

Todavía hay días en que me parece más seguro perder algo en silencio que arriesgarme a pedir claridad.

Pero algo en mí empieza a cansarse de anticipar finales.

Algo en mí empieza a preguntarse cuántas cosas no terminaron solas, sino empujadas por mi miedo.

Y esa pregunta duele.

Pero también abre algo.

Porque si alguna vez me fui antes de que se fueran, tal vez alguna vez pueda quedarme antes de suponer que se irán.

Tal vez pueda respirar un poco más.

Esperar un poco más.

Preguntar en vez de desaparecer.

Decir: esto me importa, aunque me dé vergüenza que me importe.

Decir: no sé quedarme bien, pero estoy intentando no huir.

Decir: si te siento lejos, no quiero convertirme en distancia antes de saber si todavía hay algo aquí.

No sé hacerlo siempre.

No sé si sabré hacerlo pronto.

Pero quiero aprender.

Quiero dejar de castigar los vínculos nuevos por abandonos antiguos.

Quiero dejar de tratar cada cercanía como una despedida en preparación.

Quiero dejar de irme de lugares donde tal vez todavía podía haberme quedado.

Me fui antes de que se fueran.

Muchas veces.

Por miedo.

Por costumbre.

Por una herida que aprendió a cerrar puertas con manos muy educadas.

Pero ahora, aunque todavía me asuste, quiero intentar algo distinto.

No perseguir.

No rogar.

No perderme.

Solo quedarme el tiempo suficiente para saber si esta vez el final no estaba escrito todavía.

Nota del autor

Cada uno de mis libros nace de una pregunta, una herida, un recuerdo o una parte de la vida que necesitaba encontrar palabras. No escribo para ofrecer respuestas perfectas, sino para acercarme con honestidad a esas emociones que muchas veces sentimos, pero no siempre sabemos cómo expresar.

Te invito a entrar en estas historias sin prisa, a conocer las distintas voces, personajes y fragmentos que forman mi universo literario. Tal vez no te reconozcas en cada página, pero quizá encuentres una frase, una escena o una emoción que se quede contigo y te haga sentir que alguien más también estuvo allí.

Cada libro abre una puerta diferente. Esta puede ser la primera.

Bienvenidos a mi obra.

Noel H. Hodgson